

Abrahán Valenzuela

El lenguaje: un proceso de equilibrio

(NOTAS LINGÜÍSTICAS)

I

1. *La unidad orgánica como determinante de los "valores"*



HACE ya cierto tiempo que, en el campo de la Filosofía de las ciencias, los neovitalistas vienen utilizando el concepto de la "causalidad de la totalidad" como original y específico en la consideración de lo viviente. La causalidad de los hechos particulares pierde su valor, para cederlo a la determinación de las partes en el todo, y sólo en él. Se trata, no ya de una articulación de elementos "para" la formación de una totalidad, sino de una unidad primaria y genética que actúa como determinante de los elementos y de sus relaciones causales. Ni los hechos, ni cualquiera organización particular de éstos se explican ni tienen valor sino por la categoría de la totalidad.

Surgido de los estudios biológicos, este concepto, o más bien, este criterio epistemológico se ha ido extendiendo a otras disciplinas relacionadas con los procesos vitales, y especialmente a la Psicología y a las Ciencias Sociales. Parece indudable que aún no se

vislumbran, en esta actitud del pensamiento actual, todas las proyecciones e incitaciones que deben de estar latentes en ella. Nos hallamos, sin duda, frente a una de esas "hipótesis útiles" cuyo contenido de verdad posee una realidad "en evolución", y que van siendo *más verdaderas* a medida que nos conducen a la explicación de un mayor número de relaciones verificables.

El estudio del lenguaje (producto de necesidades de la vida individual y social) no podría apartarse del campo de aplicación de aquel principio biológico. El lenguaje no será realmente concebido en cuanto a *s i s t e m a* mientras los hechos que lo integran sean enfrentados como si constituyesen lo que en física se denominan "sistemas cerrados o conservativos"; esto es, mientras los hechos idiomáticos y sus *v a l o r e s* no sean reputados por tales sino porque existen "en" una unidad sistemática y "por" ella.

La Gramática tradicional creyó que la unidad del hecho lingüístico era la *p a l a b r a* (aun con la imposibilidad de definir en qué consiste este elemento). Pero hoy sabemos ya que esa unidad hay que buscarla en la frase organizada, en la oración. La cadena del habla real *no* se produce por una integración de elementos y esos útiles no son sino la resultante de la desintegración analítica de una totalidad preexistente, constitutiva del hecho real. No nos expresamos por palabras, sino por oraciones construídas o sus equivalentes. La palabra y su estructura morfológica existen "en" la frase, surgen de ella; y aun es más claro concebir que su "función" no es un valor de la palabra en sí misma, sino de ella en cuanto elemento sintáctico, o sea, un valor de relación que toma de la unidad oracional. Su significación misma, considerada en su realidad y su actualidad, sólo se determina por el contexto del habla y para cada empleo concreto de la palabra. Los lexicólogos han podido establecer con toda precisión este principio.

Acostumbramos decir que la palabra "casa", por ejemplo, en virtud de su categoría lógica, expresa por sí y aisladamente un concepto de substancia; que gramaticalmente es un sustantivo y

que como tal funciona en sus relaciones sintácticas. Pero tal interpretación no constituye un "hecho" del lenguaje, sino un mero "preparado científico", para hacer uso de una expresión de los neogramáticos. Sobre todo, no sería en manera alguna un hecho "necesario" del lenguaje en general, puesto que los orientalistas saben que, en ciertas lenguas —el chino, por ejemplo—, no hay posibilidad de agrupar las palabras en "clases", en categorías gramaticales. Las palabras chinas no son por sí mismas nombres, ni verbos, ni partículas; no tienen sino el valor ocasional que les da, en cada caso, su empleo concreto en el habla real, su utilización actual en el discurso. El inglés, por su parte, se encuentra en vías de darse esta misma estructura ("A fire" / "J fire").

Son ejemplos aislados de un hecho general del lenguaje: las palabras no son elementos primarios; no tienen valor gramatical ni semántico sino dentro de la unidad de la frase organizada, de la oración.

Las tendencias, las fuerzas —muchas veces contrarias y en lucha— que actúan incesantemente en el habla real y en el sistema de cada lengua, se hallan como compelidas a lograr una resultante que constituye, en cada época, lo que la Lingüística moderna denomina un "estado de lengua". Este no es, pues, otra cosa que un *proceso de equilibrio* permanentemente amenazado e incesantemente recompuesto. Ahora bien, ¿a qué se debe este resultado de que el total fenómeno de la lengua no sufra un desquiciamiento irremediable ante la acción de esas innumerables energías opuestas que se mueven en su interior; de que la lengua recupere siempre y pueda mantener esa condición de *equilibrio* periódicamente renovado? La explicación del hecho no es otra sino que la lengua constituye siempre un *sistema*, es decir, "es" una unidad articuladora de todos los elementos que la integran, y anterior y superior a éstos.

El lenguaje es, en efecto, un *sistema de "signos"* (B. Leroy, "Le langage"); y estos "signos", ya léxicos, ya gramaticales, carecen de valor por sí mismos; todo este "valor" lo toman, única y

solamente, de las relaciones a que están necesariamente sometidos dentro de la totalidad sistemática de la lengua. Los signos o elementos lingüísticos, tanto como las fuerzas contrarias que operan en el interior del sistema, están siempre condicionados por éste y como dispuestos a ceder en su expansión particular y autónoma, en beneficio del mantenimiento del sistema, de la superior unidad cuyo desquiciamiento implicaría su propia pérdida en cuanto a valores lingüísticos.

Es como si en estos elementos, grupos o fuerzas actuantes existiese la conciencia de que toda su "realidad" deriva del sistema, y de que, a pesar de su lucha perenne, es preciso que lleguen a un concierto o acuerdo transitorio, para no lesionar de muerte al sistema en que viven su vida de relación. Es claro que hemos debido expresarnos por meras comparaciones; pero los que hablamos alguna de las lenguas indoeuropeas no podemos valernos, aun cuando manejemos conceptos abstractos, sino de sujetos capaces de acciones intencionales; en otros términos, sólo hablamos personalizando abstracciones.

Estas oposiciones múltiples y permanentes que integran un sistema lingüístico se manifiestan en los más variados aspectos y en hechos, ya generales, ya particularmente organizados. Algunos de ellos son los que a continuación queremos mostrar.

2. Lengua y habla

En la Lingüística de hoy son de uso ordinario estas nociones y sus diferencias. Se llama específicamente *lengua* al aspecto sistemático del lenguaje, y *habla*, a su empleo actual y concreto en boca de cada individuo hablante. La lengua-sistema es, en realidad, la misma habla real, pero sólo en cuanto podemos considerarla en aquellos elementos y relaciones que hacen posible la comunicación o comprensión del habla; o sea, en cuanto es un "sistema de símbolos". En cambio, el habla (discurso) es la realización interna y externa de las posibilidades o virtualidades del sistema de la len-

gua; es un acto, un hecho inmediatamente dado, una totalidad vivida.

El *habla* ofrece un preciso paralelismo con la totalidad del pensamiento, y, como este "todo", es igualmente *inanalizable*, aun cuando no deja de admitir determinadas confrontaciones de orden lógico. Por su parte, la *lengua*, como sistema doble de significados y de formas, es un conjunto autónomo, un criterio de *v a l o r e s* que se ha ido constituyendo mediante el intercambio del habla en el seno de una *comunidad lingüística*. Esta lengua-sistema es, pues, de origen y naturaleza *social* (supra-individual); es una *e s t r u c t u r a* que se define por el número y la índole de sus términos; "es exterior al individuo, que por sí solo, no puede crearla ni modificarla; no existe sino en virtud de una especie de contrato celebrado por los miembros de una "comunidad" (F. de Saussure).

El *habla* o discurso es, en cambio, un acto intencional del pensamiento que condiciona el ejercicio de nuestra facultad intelectual; en ese acto, los elementos lingüísticos pierden su inactividad (característica de las virtualidades del sistema), para convertirse en realidades mediante la síntesis y ordenación de la lengua-sistema. Es el *habla* un acto individual de experiencia, momentáneo, amorfo y variable, que se caracteriza por su finalidad (sentido y orientación), por la voluntad de expresión, por su *i n t e n c i ó n*, en fin. En el concepto cartesiano, aceptado en lo moderno por Brentano, Husserl y otros, lo *intencional* penetra la totalidad de la conciencia, desde la sensación y la percepción, hasta el juicio y el razonamiento. En tal concepto, el *discurso* es como el molde indispensable al funcionamiento de una lengua, cualquiera que sea la particular estructura de ésta. La sintaxis del chino, por ejemplo, se sujeta a principios que la identifican con la nuestra; son los principios que rigen tanto el pensamiento primitivo y rudimentario, como al científico y al matemático.

Por otra parte, si llega a ser posible una distinción entre la Morfología y la Sintaxis, esa independencia mutua no puede basar-

se sino en la diferencia específica que se percibe entre la lengua-sistema y el discurso-intención: los dos aspectos independientes y opuestos del lenguaje. Se ha hecho notar que aunque conociéramos en todos sus pormenores la estructura morfológica del latín, con ello solo, no conoceríamos nada de sus formaciones sintácticas; de la misma suerte, el chino, que posee todos los recursos de nuestra sintaxis, carece de casi todas nuestras estructuras morfológicas (H. Maspero, "Les langues de l'Extrême Orient").

La *lengua-sistema* (supra-individual, como se ha dicho) es un ideal convencional que se impone al individuo, obligándolo a *elegir* entre las varias posibilidades que le tiene previamente determinadas. Esta necesidad es lo que nos explica la naturaleza *p o t e n c i a l* de la lengua. Puede ésta variar en sus realizaciones sin que se altere nada esencial a su sistema; y, aunque sea arbitraria dentro de ciertos límites, es, en todo caso, independiente de lo *a c t u a l* y lo *e s p e c i a l* que afecta al *habla*. El sistema ideal se halla en la base de todo "acto" de habla (experiencia) y determina la mentalidad de una colectividad lingüística; "el mundo, cuya hermosa labor sobre el pensamiento simbólico nos es conocida, no sólo es comprendido y pensado *mediante* la lengua, sino que la visión de ese mundo y la manera de vivir en esa visión están *determinados* ya por el lenguaje" (E. Cassirer).

3. En resumen, *lengua* y *discurso* son aspectos autónomos y *o p u e s t o s* del fenómeno general del lenguaje. El neohegeliano K. Vossler traduce en las siguientes palabras este paralelismo de oposiciones, esta íntima dualidad del lenguaje: "Esta actividad es de naturaleza interna, es intuición... Es actividad puramente teórica, intuitiva e individual; por lo tanto, *a r t e*". Pero, en cuanto sirve a la comunicación de ideas, es decir, por su función práctica, "es creación individual y colectiva, teórica y teórico-práctica, esto es, *t é c n i c a*". Mas, lo que en esta actividad hay de "creación", no es creación "pura, ya que necesariamente ha de transformarse en una creación condicionada por las imposiciones

empíricas o en *e v o l u c i ó n*. La teoría de Vossler coincide sustancialmente con la de Croce, a quien sigue en su investigación idealista del lenguaje (Karl Vossler, "Positivismo e idealismo en la Lingüística").

Estos dos aspectos autónomos del lenguaje envuelven la más general de las oposiciones que actúan en el interior de la totalidad del fenómeno idiomático. Son, no obstante, oposiciones que se sostienen una a otra dentro de una estructura unitaria, suprema y condicionante. El *habla*, actual y empírica, individual y libre, está dirigida por una finalidad última: la comunicación de la expresión verbal. Pues bien, tal finalidad no puede ser cumplida sino en cuanto el habla se ajusta a las preexistentes virtualidades del *sistema*. Como contrapartida, la *lengua*, virtual, social, supra-individual y sistemática, no se constituye sino "para" posibilitar el habla real; no tiene realidad o existencia sino "en" el habla.

He aquí, entonces, como el fenómeno general constitutivo de una "unidad de lengua" o, más bien, de un "estado de lengua", tiene el valor de una síntesis, de un *e q u i l i b r i o* entre un sistema solidario y un acto de creación libre.

4. *Lenguaje de ideas y lenguaje efectivo*

La Gramática clásica nunca creyó poder referir su objeto sino a los aspectos intelectuales del lenguaje. El lenguaje lógicamente organizado era su tema exclusivo. Sólo muy cortas líneas que tratan de la interjección, de la oración exclamativa, del ritmo, la entonación, alcanzaban a colindar con aspectos muy generales del lenguaje afectivo; pero, en todo caso, para contraerlos dentro de los esquemas de la lengua lógica, como ocurría, por ejemplo, en el análisis de los elementos de la proposición exclamativa y en la clasificación de las interjecciones entre las "partes de la oración". Aun las gramáticas actuales se limitan a la preocupación casi exclusiva de aquellos aspectos en que el predominio de las formas intelectuales es incontrastable.

La violenta reacción de los *neogramáticos* de fines del siglo XIX y comienzos del actual, en su intento de desplazar todo lo intencional, consciente e intelectual en la consideración del hecho lingüístico, no quiso investigar en éste otra cosa que los procesos psico-fisiológicos sujetos a la acción de leyes mecánicas y al solo principio de la causalidad objetiva.

Pero ya la obra de Bréal (su "Essai de Sémantique" es de 1897) introdujo correcciones esenciales en el criterio de la escuela alemana, y habló de las leyes "intelectuales" del lenguaje, de las transformaciones "más o menos conscientes" a que se hallan sometidos los léxicos, de una voluntad "oscura, aunque constante" que actúa en ciertos cambios lingüísticos, de una peculiar intervención de la inteligencia, dotada de un especial matiz que la deja equidistante de la reflexión y de lo puramente intuitivo; de una conciencia de la finalidad que puede desenvolverse dentro de una inconsciencia de los medios (V. Egger).

Desde aquella época, la Lógica viene recuperando el terreno que parecía haber perdido definitivamente en la Lingüística. La posición actual de los lógicos no tiene, en verdad, el carácter simplista y absorbente que exhibió en la gramática tradicional. Hoy nadie piensa que lo puramente lógico, lo intelectual, pueda explicar la totalidad del hecho idiomático. Ciertas leyes comprobadas por la Psicología individual y la Psicología étnica constituyen ya la ineludible explicación de estos hechos; el lenguaje natural se caracteriza por la presencia, y aun la preponderancia de los factores afectivos y volitivos; su función es de índole biológica y social y, por esto mismo, las *categorías gramaticales* nunca son el reflejo exacto de los cuadros puramente lógicos del pensamiento (Ch. Bally).

El profesor danés Viggo Bröndal ha escrito no hace mucho una sistematización de notable claridad y hondura en que comprueba las generales conexiones del *lenguaje* con la Lógica pura, con la Lógica relativa y con la comprensiva; y establece, asimismo, la conexión particular de la lengua-sistema y del *habla* o *discurso* con

las formas primera y última de la Lógica y con una Lógica relativo-descriptiva. Solamente las Lógicas normativa y extensiva quedan desconectadas de todas las formas del lenguaje.

Esta última parte —la negativa— de la conclusión de Bröndal se apoya en la premisa de que el lenguaje (sea sistema o intención) es infinitamente más rico, libre y vario que la Lógica normativa. Ya Steintal había advertido que el lenguaje no es en manera alguna lógico si atendemos a las exigencias de la Lógica clásica. Podría pensarse, sin embargo, que mientras la lengua, como sistema simbólico, opera con "ideas", o sea, en "comprensión", la práctica de la lengua (discurso) debería atenerse a una coordinación de "individuos" y de "clases", esto es, conformarse a una Lógica extensiva; pero los hechos no ocurren así; el discurso es *alógico* en cuanto podemos confrontarlo con las exigencias de la lógica rigurosa.

Ha de advertirse, desde luego, que aun aquellas formas del lenguaje que revisten naturaleza lógica nunca aparecen en el primer plano del hecho lingüístico, y que éste se presenta siempre como invadido por factores de orden *afectivo* y por los elementos necesarios a la expresión de tales formas. Frente a estos valores no-intelectivos, la inteligencia no tiene otra función que la de *medio* realizador de la expresión; pero, dentro de esos límites, su función es de importancia primordial.

No cabe olvidar que el fin de todo acto de habla es darse a entender, comunicarse; y como quiera que todo acto de comprensión reposa en un *análisis*, resulta ser la inteligencia el medio necesario para cumplir esa finalidad.

Por otra parte, si la función intelectual jamás es exclusiva en ningún acto de lenguaje, y si, además, esa función no es fin, sino *medio*, con todo, es evidente que el acto de asociar un "signo" a una "representación" surge siempre de un *juicio implícito*; de lo cual se infiere que el lenguaje, "en su raíz misma, es una *creación de la inteligencia*" (Ch. Bally, "Le langage et la vie", III, I).

Bréal fué quien primero estableció, en esta materia, la siguien-

te consideración previa: la lógica del lenguaje revierte una naturaleza específica que impide su identificación con la lógica que rige el arte de pensar. La frase "este largo cuadrado" es de inobjetable corrección desde el punto de vista idiomático, aunque absurda si se la considera por los valores lógicos. Otro tanto ocurre con estos versos de Goethe:

*Gris, querido amigo, es toda teoría,
pero es verde el árbol dorado de la vida* ("Fausto", I).

que Vossler somete a idéntico examen en uno de sus ensayos. La corrección lingüística es compatible con el error filosófico, la falsedad empírica y el absurdo lógico; y, en cambio, no nos permite faltar, por ejemplo, a las reglas de la concordancia. "La justeza o corrección gramatical no tiene nada que ver con la exactitud empírica, ni con la histórica, ni con la lógica. Ni tampoco con la verdad" (K. Vossler, "Ensayos sobre la Filosofía del Lenguaje" I).

5. El lenguaje lógico no puede definirse de un modo relativo: como aquella forma en que hay *predominio* de la inteligencia y sus formas normativas. Mas, paralelamente a estos aspectos de la lengua, se desenvuelve una lengua de *acción*, en que lo preponderante es el acto de voluntad (mandatos, etc.), y una lengua *afectiva*, cuyos elementos primordiales son los sentimientos, la sensibilidad. No sólo hablamos para formular ideas o juicios objetivos, sino también para *actuar* cerca de nuestros semejantes o para expresar nuestros propios afectos, sentimientos y emociones.

Parece evidente que el lenguaje *activo* existió desde la génesis del hecho lingüístico; y, a pesar de todo, aún no ha sido sometido a estudio sistemático. De ahí que no conozcamos sus leyes particulares, que sin duda existen. Su dominio propio es el modo imperativo dentro del sistema verbal (¡Ven!) y el vocativo en el sistema nominal (¡Pedro!). Las nociones de nombre y verbo se desvanecen en el lenguaje afectivo, en el cual la función es fre-

cuentemente asumida por un nombre (¡Silencio!, ¡Fuego!, ¡Callar!, ¡Calma!).

La lengua *afectiva* halla sus medios propios de expresión en la entonación de la frase, la inflexión de la voz, la rapidez del discurso, la intensidad acentual de ciertos vocablos y el gesto con que solemos acompañar la elocución. Pero los elementos afectivos que incorporamos al habla real no tienen valor "lingüístico" sino en cuanto los expresamos por "medios lingüísticos": de ahí que la expresión afectiva quede normalmente fuera de los dominios del lenguaje.

Entre los medios propiamente lingüísticos de que puede valerse el lenguaje afectivo, los hay de carácter léxico (elección de las palabras) y de naturaleza sintáctica (orden de los elementos en la frase); pero la principal diferencia entre la lengua lógica y la afectiva está en la constitución de la frase. En el habla real, los factores emotivos tienden a borrar la normal noción de "frase"; los límites de las frases "gramaticales" se desvanecen, se hacen fugitivos y huidizos; cierto es que la imagen verbal es siempre "una" en su realidad originaria, pero su desenvolvimiento se traduce por "cortes" sucesivos cuyo número e intensidad corresponden a impresiones del sujeto hablante, y no a una estructura gramatical o lógica. Muy diversa es la expresión de un juicio objetivo de desarrollo lógico y gramatical, como "Mi deseo es que vuelvas pronto", y su versión en el habla real y afectiva: "¡Vuelve, y pronto!"

En cuanto al enlace de las oraciones, la lengua lógica tiene preferencia por la construcción en dependencia o subordinación, paralela al encadenamiento silogístico de los juicios; mientras que el habla real tiende a la yuxtaposición y la coordinación, procedimientos más simples y más directos, y, sobre todo, más uniformes. Se ha supuesto muy verosímilmente que la lengua prehistórica careció de útiles gramaticales para marcar estas relaciones de enlace, y que se satisfacía con los recursos de la entonación y la reiteración: el diferente tono en la pronunciación de los verbos que se oponen

en las oraciones relacionadas, marcaba la relación de dependencia de las oraciones; o bien, la repetición mecánica de una partícula en la segunda oración señalaba esa misma situación de enlace.

6. *El análisis*

6. Si el análisis nos conduce a percibir un predominio, ya de lo intelectual, ya de lo afectivo, es, en cambio, indudable que, para la conciencia del sujeto hablante, el lenguaje es uno solo. En efecto, no se trata de dos lenguas que existan una al lado de la otra, para ser usadas sucesivamente; ni mucho menos de dos formas que se hallen como yuxtapuestas y ajenas a todo contacto recíproco. Lo cierto es que, en el empleo concreto de la lengua, el hablante pasa de las formas lógicas a las activas o afectivas *sin conciencia alguna de los cambios*; por el contrario, se mantiene intacto en él el "sentimiento" de estar utilizando una lengua única. Debemos recordar aquí que este "sentimiento" del individuo o de la comunidad hablante es esencial, y acaso lo único que pueda definir una "unidad de lengua", tanto por el punto de vista diacrónico (historia de la lengua), como por el aspecto sincrónico (consideración estática de la lengua en uno de sus estados).

El análisis científico del hecho no nos revela, por lo demás, otra cosa. Considerada la oración como "unidad fonética", percibimos una entonación particular unitaria, que es como el complemento del pensamiento, como una parte del hecho expresivo. Saben los fonetistas que, mediante su entonación, distinguimos la oración enunciativa de la interrogativa y de la exclamativa. En realidad, la oración exclamativa no puede constituir "clase" aparte, porque su sola característica es el predominio del factor emocional; ya que, su estructura gramatical, sus valores sintácticos y lógicos son los mismos que se analizan en las otras "clases". La oración declarativa "No ha venido aún" puede convertirse en exclamativa sin alteración de su estructura y valores propiamente lingüísticos, si, por un mero cambio de la entonación, la pronuncio "¡No ha venido

aún!". Los mismos elementos léxicos y gramaticales que servían al lenguaje lógico, al juicio objetivo, son utilizados por el lenguaje emotivo.

Así, pues, aunque el lenguaje emotivo y el activo poseen ciertas formas que le son peculiares (especialmente en cuanto a la constitución de la frase), lo más corriente es que tomen "prestadas" sus formas al lenguaje lógico. Nuestra construcción general implica siempre relaciones de las ideas entre sí y de las ideas con su forma de expresión. También se da una relación "necesaria" entre las ideas y la sensibilidad del sujeto hablante; en el sentido de que, en cualquiera acto de lenguaje, distinguimos entre el análisis de las representaciones (elemento lógico) y aquello que el hablante incorpora de sí mismo a la expresión verbal (factor afectivo). Si dejamos de lado el lenguaje técnico y el científico, que no son formas naturales o espontáneas, nunca hallamos que la enunciación de una idea, de un juicio, quede absolutamente exenta de todo valor afectivo, sentimental o sensitivo. En otros términos, a nuestros juicios lógicos u objetivos, se entremezclan siempre juicios subjetivos o "de valor", como dicen hoy los lingüistas. La lengua escrita (siempre más o menos artificial) puede ser eminentemente objetiva; pero nunca llega a serlo nuestra habla espontánea, surgida de las necesidades y los menesteres vitales; porque en ella no podrán faltar jamás ciertos elementos subjetivos y emocionales (simpatía, rechazos, cólera, satisfacción, aprobación, extrañeza, etcétera).

El lenguaje espontáneo es anterior al análisis que podemos hacer de sus elementos, y sólo después de este análisis se pasó a la lengua gramaticalmente organizada. En el individuo, la lengua afectiva precede a la intelectual, y aún ya formada esta última, sigue ella nutriéndose de su naturaleza original (A. Séchehaye). La Lógica misma vive de ciertos préstamos que toma a la lengua de la afectividad. Inversamente, la lengua afectiva echa mano de las frases organizadas de valor lógico. La influencia de lo afectivo en lo intelectual es lo que explica gran parte de la inestabilidad de la gra-

mática, por que la mutabilidad es característica de nuestra vida afectiva (J. Vendryes, "Le Langage", II, IV).

En su génesis, las lenguas presentan estas sucesivas etapas fácilmente perceptibles. Pero, ya constituídos los valores lógicos y su expresión, hay una perenne compenetración de lo afectivo, lo activo y lo intelectual; en la conciencia de cada individuo hablante, el lenguaje no se traduce en "acto" sino dentro de una fusión, de un *e q u i l i b r i o* de esos valores y esas formas, determinado por el *sistema* de un estado de lengua y, a su vez, determinante de éste.

Este equilibrio, transitorio y siempre renovado, esta conciencia del lenguaje como totalidad sistemática, es el trasunto más evidente de la unidad sintética de nuestra vida mental.